misa en acción de gracias y confesar y comulgar en ella, juntamente con mi piadosa madrecita.

»Luego pedí socorro a voces, y a ellas acudieron los compañeros que trabajaban en otras venas, los cuales, repuestos un tanto del primer estupor, me arrancaron por fin de las garras de la muerte, sacándome al aire puro y libre del campo.

»Sí; a la Santísima Virgen del Carmen y a su bendito y milagroso Escapulario debo mi salvación. Ella fue quien me salvó en aquella hora trágica y fatídica en que perecieron todos mis compañeros; por esto, jamás cesaré de alabarla y bendecirla.»

(«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.)

13. OTRO PRODIGIO EN LA BAHIA DE CADIZ

El agraciado con la protección misericordiosa de la Virgen Santísima del Carmen, manifestada a través de su Santo Escapulario, fue un joven marinero, natural de Salamanca y domiciliado en la calle de Fontana, número seis, el cual, habiendo ido en las Navidades del año 1948 a disfrutar de un permiso cerca de sus padres, quiso antes protegerse con el Santo Escapulario de María Santísima del Carmen.

Se encaminó la tarde antes de partir, en unión de su prometida, al Carmen de Abajo, de Salamanca, para recibir ambos la gloriosa librea del Santo Escapulario, que les impuso el Rvdo. P. Fr. Manuel Ibáñez, Superior entonces de dicha residencia. Antes de despedirles, les insistió el P. Superior: «Sé siempre muy devoto de la Santísima

Virgen del Carmen. Ya sabes que es Patrona especial de los marineros. Si te pasara algo, procura asirte con todo fervor a esta áncora del Escapulario e invoca con gran fervor a nuestra Madre del Carmen, que Ella te salvará».

Y así fue. A los cinco días, ya estaba nuestro marino en aguas de Cádiz y a bordo del «Artabro». La mar estaba revuelta y con fuerte marejada. Era, además, de noche, y noche cerrada. El joven marinero tiene la desgracia de caer desde cubierta al agua, en uno de los fuertes vaivenes de la embarcación. Lucha con denuedo contra el oleaje embravecido. Forcejea por hacerse ver u oír del resto de la dotación. Todo en vano. En medio de su angustioso y mortal peligro, sólo una cosa le infunde confianza en su salvación: el Escapulario que ha pocos días que lleva.

Aclama insistentemente a la Virgen y besa con encendida y esperanzada fe su Escapulario, que de vez en vez lleva el oleaje y el viento hasta sus labios. Lleva diez horas luchando con la mar. Por fin, tras una lucha más que titánica contra los elementos, logra arribar a tierra, lanzado por una ola gigante, que él diría la impulsaba y dirigía la diestra de la Virgen Santísima para salvarle.

Lo cuenta él mismo emocionado, en una carta sentidísima, a su anciana madre, que acude inmediatamente a la misma iglesia del Carmen de Abajo para dar fervientes acciones de gracias a la Virgen Santísima y rogar que también a ella se le imponga, como a su hijo del alma, el Santo Escapulario.

Y para mayor gloria de nuestra Madre del Carmen y aumento de la devoción a Ella y a su bendito Escapulario, lo transcribimos de la «Gaceta Regional de Salamanca».

(«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.)

14. CAE DESDE UNA ALTURA DE CINCUENTA METROS

El día 1.º de febrero del año 1952, hallándose cazando en la sierra de Monachil el vecino de Granada y cofrade fervorosísimo de nuestra Santísima Madre del Carmen, don Manuel Morales Fernández, desconocedor en absoluto del terreno donde iban a colocar el puesto para la caza de la perdiz: habiendo salido antes de las cinco de la mañana, a fin de dar el puesto de alba con el pájaro; como reinase la más completa y absoluta oscuridad, hasta el punto de no divisarse dónde se ponían los pies, y sin que llevasen linterna ni otra luz alguna, retiróse un tanto del grueso de los cazadores. Aconsejado de los prácticos y conocedores del paraje del sitio aproximado en que se encontraba el puesto, relativamente muy cerca del sitio en que se hallaban, abandonó la estrecha senda, por donde caminaban los demás, y se dirigió, resuelto y animoso, hacia el sitio indicado.

Por el desconocimiento del terreno, no lo pudo localizar y, en cambio, halló un vacío, que supuso fuese un pequeño desnivel del monte, y echó el pie para saltar. Nunca lo hubiera hecho. La realidad es que se trataba, según pudieron comprobar después, de un barranco de profundidad aproximada de unos cincuenta metros en corte, y el afortunado, favorecido por María, se

cercioró cuando bajaba por el espacio, ya con el vértigo natural que es de suponer.

No le dio tiempo más que para encomendarse a la Virgen Santísima del Carmen, cuyo Escapulario llevaba al cuello, por ser gran devoto de María, y, estrechándolo, dijo esta frase: «¡Virgen del Carmen, valedme!» Perdió el conocimiento del tremendo golpe que diera en lo profundo de la sima; recobróse al cabo de largas horas, cuando los compañeros acudieron en su busca, luego de dar el puesto. Creyeron hallarle en muy mal estado, y consideraban de todo punto imposible el que no se hubiera destrozado al caer desde tamaña altura. En un principio ni se atrevían a creerlo, máxime al comprobar que la escopeta, que la llevaba cargada, ni siquiera se había disparado, al sufrir tan tremendo golpe. Solamente acusaba algunos magullamientos, lo cual era completamente natural a la caída de un cuerpo pesado desde aquella altura de cincuenta metros; pero pudo ir por sus pies hasta el sitio donde tenían las cabalgaduras, y de allí a pocos días se hallaba totalmente restablecido y optimista, sin sentir el más leve dolor ni molestia, dando infinitas gracias a nuestra Santísima Madre del Carmen por el prodigio que con él había obrado mediante su Santo Escapulario.

(«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.)

15. PRODIGIO EN ALCOBENDAS CON LA NIÑA MARIA JESUS CALVO

Nos refiere la señora doña María de los Dolores López, gran devota de la Santísima Virgen del Carmen que, hallándose la niña de dos años, María Jesús Calvo Muñoz, hija del señor practicante de Alcobendas, jugando en una habitación del piso segundo de su casa, donde también se encontraba cosiendo su madre, en un descuido de ésta, acercóse la niña a una ventana que no tiene reja, con tan mala fortuna que se le fue el cuerpecito y vino a caer al pavimento o acerado de la calle, el cual es de cemento. La atribulada madre, aterrada al verla caer y sin que lo pudiera evitar, no tuvo acción más que para prorrumpir en esta exclamación de fervorosa y esperanzada súplica: «¡Virgen del Carmen, sálvala, por tu Santo Escapulario que lleva al cuello!»

Y cuál no sería su admiración, su gratitud y su alegría, cuando, habiendo caído a plomo desde una altura de siete metros y yendo a dar con el acerado de la calle, todo él de cemento y adoquines, creyendo todos, en medio de la mayor consternación que imaginarse pueda, que se habría, sin duda alguna, reventado, la hallaron sin la menor lesión y sin fractura alguna, sino sólo ligeramente conmocionada por el susto natural en una criatura tan pequeña.

La persona que nos ha enviado la relación de este prodigio hallábase en aquel preciso instante ganando el Jubileo de la Santísima Virgen del Carmen y encomendando con gran fervor a la niña, que milagrosamente salió ilesa y que se en-

cuentra en perfecto estado de salud. Ocurrió el presente caso el 16 de julio de 1953.

(*«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.*)

16. LA MADRE CELESTIAL PREMIA LA VIRTUD

Un caso curioso me viene a la memoria: Una muchacha de veintiún años mantenía relaciones amorosas con un joven de veintitrés años. Y un día me dijo ella, muy apenada, que ese joven no iba ya a verla, por lo que se sentía triste y desesperada.

Le pregunté cuál fuese el motivo de ese apartamiento del joven de que me hablaba, y entonces me declaró lo siguiente: «Porque él había empezado a molestarme, pretendiendo consintiera algunas libertades que no me gustan; y le dije que hablaba con él porque le creía un hombre formal y respetuoso, y me disgustaban las excesivas libertades entre nosotros, pues yo siempre suspiraba por llegar al matrimonio con un hombre que supiera respetar a la novia hasta ese día.

»El que yo dijera esto, le disgustó y se fue; y pasa el tiempo y no vuelve. Y esto me entristece y apena, porque, en verdad, yo le quiero mucho, puesto que lo creo bueno en el fondo.

»—¡No sé qué hacer, Padre! Aconséjeme...«

Le di una estampa de las *tres Avemarías*, diciéndole que encomendara su problema de amor a la Santísima Virgen, y no se acostara ningún día sin rezarle las *tres Avemarías*.

Pasó algún tiempo, y la muchacha perseveraba en el rezo y la confianza en la Madre de Dios; y un día, estando aquélla pensando precisamente en el joven que la tenía enamorada, se presentó éste en su casa, pidiéndole perdón por su mal comportamiento anterior y prometiéndole que en adelante se portaría como novio que sabe respetar a la novia, y manifestando su deseo y propósito de casarse cuanto antes.

Ella, contentísima, me visitó, diciendo: «Padre: esto ha sido un prodigio de la práctica de las *tres Avemarías*. ¡La Virgen me ha escuchado!... ¡Le he contado a él lo ocurrido, y ahora no dejamos los dos de rezar diariamente las *tres Avemarías*, a la vez que con la natural alegría e ilusión preparamos la celebración de nuestro matrimonio para el mes de agosto de este año»...

¡Veis ahí otra «pequeña maravilla» de la Santísima Virgen, realizada en favor de quien la invocó con fe y confiadamente rezándole uno y otro día las *tres Avemarías*!...

(P. José Eguizábal, S. J. — Iglesia de Santo Domingo, Managua-Nicaragua, 5 de mayo de 1969.)

(«*Los asombrosos frutos de una sencilla devoción*»)

17. FAMILIA QUE SE SALVA

El día 26 de noviembre de 1983, Patrick Neger, su esposa Elisabeth y sus dos hijos Pathy, de tres años, y Ludovic, de veintitrés meses, visitaron el Santuario que fue lugar de las apariciones de María Santísima a Santa Catalina La-

bouré, oyeron Misa, compraron unas Medallas Milagrosas y se ecomendaron a las oraciones de las Hijas de la Caridad, ya que salían de viaje.

Era la una de la madrugada del día 27 de noviembre, festividad de Ntra. Sra. de la Medalla Milagrosa, cuando el vuelo de Avianca se acercaba con normalidad al aeropuerto de Barajas. De repente perdió altura, le hizo capotar y cayó en una hondonada, incendiándose a continuación.

«Creo que, a causa del impacto —recuerda Patrick—, se rompió la puerta de emergencia que teníamos al lado, y me vi saliendo por los aires, mientras que una lluvia de proyectiles me golpeaban, después me desmayé. Cuando volví en mí, me encontré en medio del campo, rodeado de trozos de avión. Me parecía una pesadilla, pero no lo era... En esto pude otear la silueta de una mujer con dos niños. ¡Eran mi mujer y mis hijos, estaban vivos!» La Virgen no defraudó su confianza, sino que demostró a las claras su protección maternal, pues al primer grito de admiración ante este hecho tan insólito, hizo exclamar a Patrick Neger, que aquello era un verdadero milagro de María Santísima.

(«*Lourdes-Fátima*»)

V

MARIA SANTISIMA, AYUDA EN LA HORA DE LA MUERTE

1. DESPUES DE SESENTA AÑOS DE MALA VIDA, MUERE CONTRITO Y RESIGNADO

Léese en las Revelaciones de Santa Brígida, que había un caballero de tan ilustre nacimiento, como de villanas y depravadas costumbres, el cual se había entregado, con pacto expreso, por esclavo del demonio y le había servido por espacio de sesenta años, entregándose a todos los desórdenes imaginables, sin frecuentar jamás los sacramentos. Acercándose la hora de su muerte, quiso Jesucristo usar con él de misericordia, por lo que mandó a Santa Brígida que dijese a su confesor que fuese a visitarle y le exhortase a que se confesara. Hízolo así el confesor, pero él le contestó que no tenía necesidad de confesión, porque se había confesado a menudo. Visitóle otra vez, y aquel desdichado esclavo del infierno continuaba en su obstinación, no queriendo confesarse. Jesús repitió a la Santa que el confesor volviese allá. Este lo hizo así, y en esta tercera

vez le refirió la revelación hecha a la Santa, y que había vuelto tantas veces porque el Señor así lo había mandado, pues quería usar con él de misericordia. Al oír esto el infeliz enfermo, se enterneció y empezó a llorar. «Mas ¿cómo —exclamó— podré ser perdonado después de haber servido al demonio por espacio de sesenta años, siendo su esclavo, y teniendo cargada mi alma de innumerables pecados?» «Hijo —respondió el padre animándole—, no dudes, pues si te arrepintieres de ello, te prometo de parte de Dios el perdón». Empezando entonces a confiarse, dijo él al confesor: «Padre mío, yo me creía ya condenado y desesperaba de la salvación; mas ahora siento un dolor de mis pecados que me anima a tener esperanza, por lo cual ya que Dios aún no me ha abandonado, quiero confesarme». En efecto, en aquel día se confesó cuatro veces con un vivo dolor; al siguiente comulgó, y en el mismo día murió muy contrito y resignado.

Después de su muerte Jesucristo habló otra vez a Santa Brígida, y le dijo que aquel pecador se había salvado por la intercesión de su Madre la Virgen, y que se hallaba ya en el purgatorio, porque, a pesar de la vida depravada que había llevado, había conservado siempre tal devoción a sus dolores que no pensaba en ellos sin compadecer a María.

(*San Alfonso M.ª de Ligorio, en «Las Glorias de María»*)

2. «HERMANA, QUIERO CONFESARME»

La Medalla Milagrosa, como todos los objetos piadosos, es conveniente estén bendecidos por un sacerdote, con lo cual por llevarlos, besarlos, etc., se beneficia uno de la oración de la Iglesia (para alcanzar las gracias que cada objeto religioso o sacramental significa) y se ganan indulgencias (es decir: se obtiene el doble de valor satisfactorio, o perdón de purgatorio, que se obtendría por la obra hecha en gracia de Dios, si no estuvieran bendecidos). No es necesario llevarla al cuello: la Virgen no lo especificó, e incluso para los socios de la Asociación de la Medalla Milagrosa Pío XI lo dispensó (6-VI-1923).

La conversión o curación de una persona, muchas veces se ha realizado porque además de las oraciones por ella, se le ha puesto una Medalla, aun sin saberlo la persona. Así cuenta un caso el P. Aladel en su libro:

En el Hospital de Inválidos de París, el 26 de noviembre de 1884, un soldado estaba tuberculoso, a punto de muerte. No quería ni oír hablar de confesión. La hermana aprovechó un descuido suyo para meterle una Medalla, y siguió pidiendo por él. Al despertarse al día siguiente se encontraba mucho mejor. «Hermana, quiero confesarme». Después manifestaba: «Desde mi primera comunión, hoy ha sido el día más feliz de mi vida». El 1 de diciembre moría santamente.

(P. José Luis de Urrutia, S. I. — Colección: «Apariciones de la Virgen»)

3. «¿QUIEN SABE SI MORIRE ESTA MISMA NOCHE?»

El P. Huguet, en su libro «La devoción a María en ejemplos», nos dice que él mismo oyó de labios del Rvdo. P. Leblanc, S. J., en una plática que diera en el Seminario de Toulouse, en Francia, el siguiente hecho de que fuera testigo presencial: «Una noche en que dicho virtuoso sacerdote estaba pasando revista de inspección en el colegio, donde se hallaba de Prefecto, para cerciorarse de que todos los colegiales se habían acostado y dormían apaciblemente, vio a uno de éstos, de edad de diez años, arrodillado junto a su cama.

»—¿Por qué no te has acostado todavía? —díjole el Padre Prefecto.

»—Porque he mandado mi Escapulario de la Virgen del Carmen al Hermano portero para que me lo cosiera, pues se habían descosido los cordones, y como no me lo han traído todavía, no me atrevo a acostarme sin él, pues podría morirme tal vez sin mi Escapulario y este solo pensamiento me horroriza.

»—No tengas miedo, hijo mío; mañana, a primera hora, haré yo que te entreguen tu Escapulario; acuéstate ahora y duerme, hijo mío, sin el menor temor.

»—Padre, yo no puedo acostarme; ¿quién sabe si moriré esta misma noche?, y diciendo esto, comenzó a llorar sin consuelo el niño.

»Compadecido el buen Padre, y muy satisfecho de la piadosa confianza que el fervoroso niño tenía puesta en el Santo Escapulario, bajó a la portería, recogió el Escapulario y se lo entregó.

El niño, poniéndolo fervorosamente a su cuello y besándolo con devoción, durmióse tranquilo, invocando tiernamente el Nombre de María».

Calculad, lectores amables, cuál sería la sorpresa del buen Padre cuando, al girar la visita de inspección de la mañana, vio que estaba muerto aquel tierno devoto de la Santísima Virgen, el cual conservaba aún entre sus manecitas yertas el bendito Escapulario del Carmen, sin cuya compañía no se había querido acostar. La Virgen Santísima quiso recompensar la filial confianza de su angelical servidor, no permitiendo que muriese sin el sagrado objeto de sus amorosas ansias, sin el precioso talismán por el cual confiaba hallarse libre de las penas eternas.

Alabemos a nuestra Madre dulcísima y trabajemos porque todos los niños sientan esta dulce emulación por llevarle día y noche, a fin de que les libre de todo peligro. Así sea.

(*«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen» - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.*)

4. EL BUEN FIN DE UN LEGIONARIO

España. Año no muy distante y lleno de recuerdos... En una de las «Banderas» del Tercio, encontrábase un legionario llamado Jaime, que tendría como treinta y cinco años. Muy culto y educado.

Su valor, que al principio sorprendió a todos, nos hizo comprender que él no había venido al Tercio para luchar, sino para morir...

Su conducta religiosa era lo que más sorpren-

día a sus compañeros, hablaba con frecuencia con el sacerdote; sus costumbres eran austeras; le veían rezar brevemente todas las noches, pero jamás le vieron confesarse ni siquiera en los momentos más desesperados. Además, en sus conversaciones se mostraba ateo convencido, aunque fríamente respetuoso.

Cuando alguien se atrevió a preguntarle el porqué entonces de sus rezos sin fe, le respodió muy serio:

—Empeñé mi palabra, ¡y las palabras siempre las cumplo!

Una mañana entró en combate la «Bandera» y una bala dio en tierra con nuestro legionario. El corazón estaba destrozado... ¡Había muerto en el acto!

Al descansar de aquella jornada de guerra, quise descorrer, ante los legionarios que me rodeaban, el velo que cubría toda la vida de Jaime.

Había nacido en una familia distinguida por sus riquezas y por sus virtudes.

Todavía joven, ingresó, a la vez que un hermano suyo, en una Orden religiosa. Allí brilló por su talento, virtud y perfección... Y así pasaron años... Pero Jaime no fue prudente al hacer sus lecturas; perdió su fe y acabó saliendo de la Congregación religiosa.

Su madre estaba, poco después, para morir... Y con voz dificultosa le dijo:

—Jaime, Jaime, ven a mi cabecera. Quiero pedirte una cosa. Reza siempre, diariamente, *tres Avemarías*.

—Madre, te lo prometo... Te lo prometo...

La madre murió...

Los días y las noches huían; la inquietud y el

vacío reinaban en el corazón de Jaime. La vida era para él un martirio.

Por entonces, la Legión tenía abiertos sus banderines de enganche. Jaime se sintió aliviado; había encontrado un medio noble de acabar con sus inquietudes, y se alistó en la Legión, en busca de la muerte.

En mis charlas con él, le insté, como sacerdote, a confesarse. Su respuesta era invariablemente la misma:

—Padre, quería creer..., pero no puedo...

Cuando conocí la promesa hecha a su madre, me tranquilicé. Estaba convencido de que la Madre del cielo no permitiría su condenación. Y, efectivamente, así ha sido.

Ayer, muy entrada la noche, un legionario fue a mi tienda de campaña. Era Jaime. Estaba impresionado. Se limitó a decir:

—Padre, presiento que tengo la muerte muy cerca. Vengo a confesarme...

¡Las *tres Avemarías* le habían salvado! (Un Padre jesuita, agregado como sacerdote a una «Bandera» del Tercio).

(«*Los asombrosos frutos de una sencilla devoción*»)

5. YO CONFESE A UN MUDO

Esto no es una novedad. Con frecuencia confesamos mudos. Pero esta vez..., la cosa salió de lo normal.

Estaba misionando en un pueblo...

Allí vivía un caballero que había perdido el habla. El último día de la Misión, un hijo suyo

me suplicó fuera a confesar al enfermo, que llevaba tres meses mudo y estaba gravísimo por efectos de una embolia.

Fui a la casa que se me indicó. Entré en la habitación donde estaba el enfermo. Salió el hijo, y quedé solo con el mudo.

—Esté usted tranquilo —le dije—, que yo le iré haciendo las preguntas y usted me irá respondiendo, con signos de cabeza, «que sí» o «que no». (El hijo me había adelantado el clima religioso en que se había desenvuelto la vida del padre.)

Entonces el caballero rompió a hablar. Y con voz clara y distinta, se confesó.

¡Yo no salía de mi asombro!... Como no pude disimular esto, y lo expresaba mi semblante, él me dijo con emoción:

—Padre, usted va a comprender inmediatamente por qué hablo en estos momentos. Desde los diez años tomé la costumbre de rezar, por la mañana y por la tarde, las *tres Avemarías*, que a todos nos aconsejaron unos Padres Misioneros. Desde los catorce años perdí toda práctica religiosa, menos las *tres Avemarías*. Jamás, ni un solo día, las he omitido, pidiendo a la Virgen María la gracia de no morir sin hacer una buena confesión; porque, como ha oído, necesitaba confesarme bien desde mi primera comunión, que fue a los ocho años...

Terminada la confesión, quedó otra vez mudo.

A las doce de la noche había muerto, con el alma lavada por la penitencia.

(*P. Luis Larrauri, Misionero Redentorista.*)

(«*Los asombrosos frutos de una sencilla devoción*»)

6. CASO PRODIGIOSO EN ALBACETE

Voló del tren a la parroquia de San Juan el que estas líneas suscribe, por llegar con algún retraso a predicar el Novenario de Nuestra Señora de los Llanos, Patrona venerada de Albacete; la grandiosa catedralicia iglesia hallábase ya abarrotada de fieles; mas, en la sacristía, una jovencita llorosa aguardaba al Padre predicador para suplicarle un favor urgentísimo: Su padre, funcionario del Estado, se estaba muriendo a chorros de un cáncer en el vientre, y la había recomendado que marchase sin pérdida de tiempo a buscar al Carmelita que sabía, por referencia, había de predicar el Novenario de la Santísima Virgen, para que fuese, sin demora, a confesarle y viaticarle.

Yo no salía de mi asombro y mi estupor, cuando sin conocer por aquel entonces a nadie en Albacete, un señor desconocido, apenas llegado, recababa mis servicios espirituales y en trance supremo. Después de escuchar al señor, ya me lo expliqué todo satisfactoriamente. Dicho señor que, en los comienzos de su carrera, prestaba sus servicios como funcionario en Sevilla, mantuvo una estrecha amistad con el Rvdo. P. Fr. Luis María Llop, el cual impuso al joven matrimonio el Santo Escapulario de la Virgen. Desde entonces, por apatía o por respetos humanos, no había frecuentado más los Santos Sacramentos; pero jamás se había olvidado un solo día de rezar a la Virgen del Carmen, para obtener la gracia de una santa muerte bajo su amparo misericordioso.

Y así se lo concedió, en efecto, nuestra Madre amorosísima. Bajé del púlpito y, sin despojarme

de la capa blanca, por lo sudoroso y fatigado, volé a la cabecera del paciente, acompañado de la menor de sus hijitas, que más que correr diríase que volaba, pues me dejaba atrás cada dos pasos.

Penetré en la alcoba del enfermo, que me recibió con lágrimas de alegría y como el que aguarda confiadísimo su salvación. Comencé por animarle y hacerle confiar mucho en la misericordia divina y en la bondad inagotable de nuestra Madre y, al escuchar de mis labios el nombre de la Virgen del Carmen y preguntarle si llevaba su Escapulario, balbució trémulo y lloroso con el candor de un infante inocente: «Sí, Padre de mi alma, y a él y a esta Virgen bendita, que ve usted aquí, debo esta gracia tan singular de que haya dado tiempo a que usted llegase para reconciliarme con Dios y morir en su gracia y amistad. No quiero hacerle esperar, ni mi situación, por desgracia, admite dilaciones, pues me consta ciertísimo que he de morir esta misma noche. Llevo preparándome cuatro o cinco días, sin abrigar más pensamiento que el de mi salvación eterna». Me dispuse a escucharle: duró más de tres cuartos de hora su confesión ferviente, sólo interrumpida de vez en cuando por suspiros, sollozos y lágrimas dulcísimas, que, sin duda, recogió la Virgen para labrarle su corona de justificación. Cogí un taxi para traerle el Santo Viático y los Oleos Santos, y apenas administrados éstos, cuando yo le ayudaba a recitar unas breves jaculatorias, exhaló un suspiro profundísimo, diciendo: «¡Qué buena eres, Madre mía del Carmen, y qué hermoso tu bendito Escapulario; qué bien me has cumplido mis deseos de ser un siervo tuyo el que me administrara!» Murió como un santo.

(«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.)

7. «DESEO CONFESAR Y COMULGAR»

La una de la madrugada. Fuertes golpes y voces fuertes resuenan en los ámbitos del convento solitario del Henar (Segovia). Dos caballeros de Cuéllar han venido precipitadamente en un coche, porque don Juan de la Torre, de 74 años, médico que fue de la localidad, está grave y temen sus familiares muera sin Sacramentos. Como de llamar al Cura párroco recibiría el enfermo muy fuerte impresión, que le precipitaría el fatal desenlace, optan por llamar a un Padre Carmelita del Henar, y mejor a uno que tenga confianza con la casa. Y me llamaron a mí. Y allá fui.

Cerca de una hora bregué con el enfermo por las buenas. Mas cuando los familiares esperaban saliera del aposento con la confesión terminada, recibieron la dolorosa noticia: «Que no, que no y que no. Que dice que tiene tiempo de hacerlo bien en la iglesia y que ahora le dejen en paz». Y el caso es que hacia dos horas que una consulta de médicos había declarado la absoluta gravedad del enfermo.

Entran sus hijos, entra su esposa hecha un mar de lágrimas, entran los allegados. Nadie puede convencerle de que debe arreglar su alma para la eternidad sin dilación. «¿Tiene el Escapulario del Carmen?», pregunto a los presentes. «Creemos que sí», respondieron. Mas traté de asegurarme y dirigí la misma pregunta a su esposa. No lo tenía.

Al despedirme de la familia les recomiendo en-

carecidamente: «Con los que me acompañan, les mandaré un Escapulario; no dejen de ponérselo inmediatamente». Y así lo hicieron, aceptándolo el enfermo de buen grado y quedando acto seguido dormido en sueño tranquilo.

Al despertar a las tres horas, sus primeras palabras fueron: «Deseo confesar y comulgar». Avisado el Sr. Cura Párroco, muy pronto vino y dejó aquella alma dispuesta para el viaje a la eternidad y en posesión del mejor pasaporte: el Santo Escapulario, por medio del cual la Virgen del Carmen había hecho, una vez más, gala de su poder. A los dos días moría don Juan en la paz de los justos, el 24 de marzo de 1952.

(«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.)

8. LA VIRGEN ACOGE SIEMPRE EL RUEGO PERSEVERANTE

"Recuerdo un hecho que me impresionó vivamente y aconteció el año 1967 en que tomé parte en la Gran Misión de Lima (Perú).

Había terminado la Misión y, para que viera algo de ese país, me llevaron unos religiosos a visitar un pueblo de la Cordillera de los Andes, cuya altura era asombrosa.

Regresábamos de la excursión, y cerca de un pequeño poblado casi perdido en la inmensidad de aquellos montes, una avería del automóvil nos detuvo. Mientras el mecánico reparaba el coche, comentábamos paisajes y costumbres, a la vez que nos acongojaba observar la falta de asistencia es-

piritual de aquellas poblaciones privadas de sacerdote.

Pensando en esto y hablando de ello, se llegó al grupo que formábamos los expedicionarios un hombre de mediana edad, que dirigiéndose a mí (por ser el único que vestía sotana), dice: «Padrecito: Le ruego venga conmigo a casa, donde tengo muy enferma a mi madre viejita. Ella pide un sacerdote, y el más próximo está a 300 kilómetros de aquí, y no da tiempo a ir a por él porque dice mi vieja que se encuentra muy mal y que se muere...»

No me hice repetir la súplica. Le dije al buen hombre: «Vamos. ¿Está lejos?» «Muy cerquita» —respondió mi acompañante.

Anduvimos un buen camino y nos presentamos en la casa de la anciana. Al entrar en su habitación, lo primero que me sorprende es contemplar junto a la cama, en una mesita, la estampa de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Animo en lo posible a la enferma, y luego la confieso... La paz de su alma se refleja en su rostro. Y con voz débil, cogiéndome la mano para besarla, dijo: «Esto es lo que siempre le pedí a la Virgen: no morir sin confesión... Y le rezaba *tres Avemarías*»...

Salí de aquella casa emocionado... La Madre de Dios había escuchado la oración de la sencilla mujer peruana... ¡Y, precisamente, el sacerdote que «dispuso» la Señora que atendiera a esa alma que tantas veces la había invocado como «Perpetuo Socorro», fue un Misionero Redentorista!"...

¡¡Maravillas con que nos recrea la Santísima Virgen!!

P. Luis Larrauri, C. SS. R. - Carta de 21 de junio de 1968)

(«Los asombrosos frutos de una sencilla devoción»)

9. SALIO DEL MUNDO PARA IR AL CIELO...

Un misionero redentorista escribe:

En el año 1959 mandé carta a diez mil enfermos, con la estampa de las *tres Avemarías.*

Poco tiempo después me llamaba uno de ellos.

Era un hombre ilustre en el mundo de las letras y de la Jurisprudencia.

Lo conocía desde hacía ocho años.

Al saludarle, me dijo:

—Le he llamado para que sea usted testigo de un milagro de conversión de un pecador, que hay que atribuir a la devoción de las *tres Avemarías.*

—¿Dónde está ese pecador? —le dije.

Y él, seriamente, exclamó:

—Soy yo, Padre. Quiero confesarme. Y tenga paciencia, porque tenemos para un buen rato.

—Según recibí su carta —siguió diciendo—, tomé la estampa y empecé a rezar mañana y tarde las *tres Avemarías,* con la jaculatoria impresa: «María, Madre mía, líbrame de caer en pecado mortal». Luego la corregí, para decir: «María, Madre mía, líbrame de morir en pecado mortal»... Y esta mañana he sentido el impulso de hacer lo que debiera haber hecho hace más de cincuenta años.

Le confesé... Un mes exacto después moría de repente.

Dos días antes le había vuelto a confesar, y me había dicho:

—Padre, yo voy a morir. Me falla el corazón desde hace un mes, desde aquel día que me oyó usted en confesión. ¡Es demasiada mi alegría y mi gratitud a la Santísima Virgen, para que pueda vivir más en este pícaro mundo!

(«Los asombrosos frutos de una sencilla devoción»)

10. ESPERABA UN SACERDOTE...

En un país situado detrás del «telón de acero», en el que, en los primeros meses del año 1968, se recrudeció la persecución antirreligiosa, uno de los Obispos allí radicados recibió una misiva comunicándole confidencialmente que se preparaba un atentado contra su vida, por lo cual debía huir sin pérdida de tiempo y ocultarse.

Obedeciendo la consigna recibida, el aludido señor Obispo salió de su residencia vestido de aldeano y huyó a campo traviesa, caminando durante todo un día, alcanzándole la noche, divisando una amplia vega.

Aprovechando la oscuridad, se aproximó a una casa que vio poco distante y pidió a sus habitantes le permitiesen descansar unas horas sentado en una silla.

Los ocupantes de la casa —un matrimonio con varios hijos pequeños— acogieron la petición de hospedaje del que consideraron labriego viajero, pero no sólo le ofrecieron silla, sino que le hicieron cenar con ellos y luego le acomodaron en una habitación con buena cama.

Durante la cena, como notase el huésped gran preocupación y visible tristeza en el matrimonio,

no pudo silenciar su observación y preguntó el motivo de tal inquietud y congoja; informándosele entonces de que el anciano padre de uno de ellos no había podido sentarse a la mesa porque estaba enfermo de mucha gravedad desde hacía unos días, y aunque le insistían cariñosamente para que hiciera conveniente preparación para la muerte, por si el momento de ésta sobreviniera, él les contestaba que todavía no iba a morirse, y, por tanto, no se preparaba...

Hubo unos breves comentarios del caso, pero ninguno se atrevió a hacer mención del aspecto religioso del asunto.

Retirados a descansar todos y transcurrida la noche, se dispuso el visitante y huésped a proseguir su camino; y al despedirse y dar gracias a quienes con tanta amabilidad le habían tratado, preguntó si le permitían saludar al viejecito enfermo, para comprobar el estado actual de su dolencia, a lo que, gustosamente, se accedió y le acompañaron.

Una vez el labriego junto al anciano, y luego de una corta conversación afectuosa, éste último, adoptando un gesto y tono decidido, dijo: «Mire usted, yo sé que estoy muy malo y que ya no me restableceré; pero, también sé que por ahora no moriré».

Al oírle hablar tan seguro, todos sonrieron al enfermo. Y ante aquellas sonrisas, añadió éste: «Se ríen porque he dicho que tengo la seguridad de que no voy a morir por ahora... Pues bien; lo repito. ¿Y sabe usted por qué?... Mire, yo no sé quién es usted, ni cómo piensa, pero como en la situación en que estoy ya no temo a nadie, le voy a decir la verdad: Mi seguridad se apoya en que soy católico; los años de persecución religiosa no

me han quitado la fe; y todos los días he rezado, y rezo, las *Tres Avemarías*, pidiéndole a la Virgen María que, a la hora de la muerte, esté asistido por un sacerdote que prepare mi alma para el tránsito, y usted comprenderá que habiéndole rogado tantas veces a la Santísima Virgen eso, la Virgen no consentirá que yo muera sin un sacerdote a mi lado; y como no lo tengo, por eso estoy tan seguro de que por ahora no me muero».

Emocionado el labriego por aquella declaración del ancianito, le tomó la mano y le dijo: «Esa gran fe que ha conservado, y esa súplica diaria a la Madre de Dios, rezándole las *tres Avemarías*, han atraído el favor del Cielo y ha sido la Providencia la que me dirigió hasta aquí... No es un sacerdote lo que la Virgen le manda, sino a su Obispo de usted... Porque yo soy el Obispo de esta Diócesis, que va hacia el exilio».

La impresión, y al propio tiempo el gozo, del anciano y sus hijos fue enorme. Tan grande, que no sabían cómo expresar su asombro y su reverencia...

Seguidamente, el señor Obispo ofició la Santa Misa en la habitacióin del enfermo, y les dio a todos la comunión; dejando al viejecito espiritualmente dispuesto para emprender su postrer viaje con término en el Cielo...

Viaje que tuvo lugar dos días después de aquella Misa excepcional.

(Comunicación de la doctora doña Josefina Conde Picavea, de 1.º de junio de 1968.)

(«Los asombrosos frutos de una sencilla devoción»)

VI

ESPECIAL PROTECCION DE MARIA SANTISIMA CON SUS DEVOTOS

1. ENTRA A REZAR EN UNA CAPILLA DEDICADA A MARIA SANTISIMA

San Felipe Benicio nos ofrece un ejemplo de la prontitud con que hemos de corresponder a la gracia y conculcar y vencer para ello, si fuese menester, todos los respetos humanos. Hacia el principio del siglo XIII, había sido fundada la Orden de *Servitas* o *Siervos de María* por siete ricos mercaderes de Florencia, que, de común acuerdo, se retiraron para fundarla al monte llamado Senario, distante de la ciudad como legua y media. Allí vivían en comunidad y perfecto retiro, obedeciendo todos a Bonfilio Monaldi, cuando, a petición de algunas personas piadosas, fundó éste,junto a las puertas de Florencia, un pequeño convento con capilla dedicada a María Santísima. Un día (y era el jueves de la semana de Pascua) en que, por acaso, entró en aquella capilla Felipe Benicio con ánimo de oír Misa, oyó cantar estas palabras que el Espíritu Santo dirigió un tiempo a San Felipe,

diácono: *Adelántate, y llégate a ese coche;* y fue tan viva la impresión que causaron en su alma, y creyó tan de seguro que Dios le llamaba por medio de ellas a su servicio en aquella sagrada familia, que, sin aguardar nuevo aviso, formó allí mismo su resolución, confirmada poco después con un sueño misterioso, y llevada a cabo por él con prontitud y generosidad envidiables, hollando cuantos obstáculos y respetos le oponían, así su edad y grandes talentos, como su posición en el mundo y su parentela. Y no podía faltarle el premio, bien merecido. Al cabo de una vida santa, en que, contra su voluntad, ejerció los primeros cargos de la Orden, cautivó de tal suerte la universal admiración, que los cardenales, reunidos en Viterbo, pusieron en él los ojos para elegirle sucesor del Pontífice Clemente IV; mas llegó la hora de su pasaje a la verdadera vida, el día de la octava de la Asunción de María Santísima, y, mandando que le tendiesen sobre la ceniza en el desnudo suelo, expiró contemplando dulcemente la imagen de su Salvador crucificado.

(«Mes de María»)

2. VISION DE FRAY LEON, COMPAÑERO DE SAN FRANCISCO

Uno de los compañeros más íntimos y familiares de San Francisco, llamado fray León, tuvo, entre otras, la visión siguiente: Vio en un dilatado campo la representación del Juicio final, donde se habían reunido innumerables personas, y otras iban llegando al sonido de una espantosa trompeta que estaba llamando a juicio. En esto

pusieron dos escaleras, una de color encarnado y otra blanca, que llegaban de la tierra al Cielo; al fin de la primera estaba Jesucristo, y cerca de Él el seráfico Padre, que con rostro halagüeño exhortaba a sus hijos a subir por ella. Empezaron a hacerlo así; pero unos caían del tercer escalón, otros del cuarto, otros del décimo. Entonces el Santo, muy afligido, les empezó a clamar que subiesen por la otra escalera, donde se hallaba la Santísima Virgen; los religiosos corrieron a ella, y esta piadosísima Madre les daba la mano y entraban en el Cielo. ¡Tristes de nosotros si no acudimos a esta soberana Señora, por cuyo medio han de conseguir su salvación los que quieran ir por la escala y camino recto de la justicia!

(«Mes de María»)

3. CASO MARAVILLOSO QUE SUCEDIO A DOS RELIGIOSOS FRANCISCANOS

En las crónicas de la Orden de San Francisco se lee que, yendo dos religiosos de la misma a visitar un santuario de la Virgen, se les hizo de noche cuando se hallaban en medio de un espeso bosque; por lo que confusos y afligidos no sabían qué hacerse. Pero, adelantándose un poco más, les pareció que entre la oscuridad divisaban una casa. Llegan a ella, tientan las paredes, buscan la puerta, llaman, y oyen que desde dentro les preguntan: «¿Quién es?» Contestaron que eran dos pobres religiosos perdidos aquella noche por el bosque, y que pedían les albergasen a lo menos para no ser devorados por los lobos. Y he aquí que luego oyen abrir la puerta y ven dos pajes

ricamente vestidos que les recibieron con gran cortesía. Los religiosos preguntaron quién habitaba aquel palacio. Los pajes contestaron que vivía allí una señora muy piadosa. «Desearíamos saludarla —dijeron ellos— y darle gracias por habernos acogido.» «Vamos luego allá —respondieron los pajes—, porque ella también quiere hablaros.» Suben la escalera, encuentran las habitaciones todas iluminadas, adornadas elegantemente, y se percibía en ellas un olor que parecía celestial. Finalmente entran a donde se hallaba la dueña de la casa, y hallan una señora majestuosa y hermosísima, la cual les acogió con la mayor benignidad, y después les preguntó a dónde se dirigían. Ellos contestaron que iban a visitar una iglesia de la bienaventurada Virgen. «Siendo, pues así —dijo la señora—, cuando partáis quiero daros una carta mía que os será muy útil.» Y mientras aquella señora les hablaba, sentíanse inflamados en el amor de Dios, experimentando una alegría que nunca habían probado. Fuéronse después a dormir, si en realidad pudieron conciliar el sueño en medio de tanto gozo, y a la mañana se presentaron otra vez a la señora para despedirse de ella, darle gracias y tomar al mismo tiempo la carta que afectuosamente recibieron, y se marcharon. Mas, no bien habían salido de la casa, advirtieron que la carta no tenía sobre escrito, por lo que retroceden, registran, y ya no encuentran la casa. Finalmente, abren la carta para ver a quién iba dirigida y enterarse de su contenido, encuentran en ella que María santísima les escribía a ellos mismos, y les daba a entender que Ella era la señora que habían visto aquella noche, y que por la devoción que le tenían les había proveído de casa y hospedaje en aquel bosque; que continuasen sir-

viéndola y amándola, que Ella les recompensaría siempre con sus obsequios, y les socorrería en la vida y en la muerte. Y al pie de la carta leyeron la firma que decía: «Yo, María Virgen». Considere aquí cada uno qué gracias más expresivas no tributarían aquellos buenos religiosos a la divina Madre, y cuánto más vehemente fue su deseo de amarla y servirla durante toda su vida.

(San Alfonso M.ª de Ligorio,
en «Las Glorias de María»)

4. SAN BERNARDINO DE SENA

Uno de los hijos predilectos de María Santísima fue San Bernardino de Sena, lumbrera del Orden de San Francisco. Siendo todavía joven, manifestaba, por su singular modestia, por su amor a la castidad y por sus graves costumbres, que la Virgen había puesto sus ojos en él para hacerle fiel imitador de Jesús joven. Pero lo que más resplandecía en el virtuoso mancebo era un afecto tan tierno y singular a la Reina de los ángeles, que salían como rayos de su rostro cuando la nombraba. Era principalmente devoto de una imagen de Nuestra Señora, con el título de Camolia, que está sobre una de las puertas de la ciudad de Sena. Todos los días iba a visitarla, e hincando en tierra ambas rodillas desnudas, le ofrecía sus obsequios y la decía que la amaba con preferencia, y que después de Dios tenía toda su confianza en Ella. María, reconocida a éste y otros obsequios, le concedió su valimiento, y le hizo grande delante de Dios y de los hombres. Hízole saber que le era muy grata su devoción, y que,

en consideración a sus servicios, le había alcanzado el don de hacer milagros para promover la gloria de su Hijo y la suya. A mayor abundamiento, le prometió la gracia de sacar fruto copioso de la predicación y tener buena parte de sus delicias en el Cielo eternamente. Sus más íntimos amigos le oyeron decir que no creía haber recibido ninguna gracia de Dios que no fuese efecto de aquella devoción y una señal del favor de la Reina del Cielo; y predicando en Sena, el 1427, dijo públicamente que había nacido el día de la Natividad de Nuestra Señora y recibido el Bautismo el mismo día; que en el mismo había tomado el hábito religioso y profesado, y que en el mismo esperaba morir, si bien sucedió diversamente, porque murió el 20 de mayo, de lo cual recibió un aviso especial poco tiempo antes.

(«Mes de María»)

5. LIBRA MARIA SANTISIMA DE LA MUERTE A UNA MUJER EN UN LABORIOSO ALUMBRAMIENTO

Refieren Fr. León de San Juan y Fr. Pablo de Todos los Santos, que, en la ciudad de Praga, por los años de 1637, una piadosa mujer, llamada Cristina, padecía en su alumbramiento tales dolores y angustias que, a juicio de todos, morirían sin remedio madre e hijo. Se había hecho todo cuanto, a juicio de los doctores de aquellos tiempos, se podía hacer, pero todo inútil e infructuoso. Y entonces, cuando más se desesperaba que pudieran salvarse, Cristina, devotísima que era de la Santísima Virgen del Carmen, llamó con

viva fe a la Señora en su favor, implorando su auxilio soberano y misericordioso en tal aflicción, ofreciendo que el hijo que naciera llevaría, durante siete años, el hábito de la Virgen del Carmen.

Hecho su ofrecimiento con grandísima fe, humildad y confianza en su maternal bondad, al punto obtuvo el bien y felicidad que anhelaba, pues dio a luz con toda felicidad a un niño hermosísimo, a quien, tan luego como le bautizó, le impuso el Santo Escapulario de la Virgen.

Pasaron dos años y, olvidada la madre del ofrecimiento que hubiera hecho de que llevara el hijo externamente el hábito de Nuestra Señora, vio la infeliz con grandísima pena cómo el niño de día en día se iba desmejorando y perdiendo la salud. Advirtió al punto su ingratitud para con la Santísima Virgen y, arrepentida, hizo vestir al niño el hábito ofrecido a la Virgen nuestra Madre, con lo que al punto se vio cómo recuperaba la salud, tan quebrantada días antes.

Llevada más tarde la buena madre de su vanidad, quitó al niño el hábito que llevaba, sustituyéndole por otros vestiditos vaporosos y menos propios de su edad y que denotaran el buen gusto y las riquezas de sus padres, pero por segunda vez se volvió a efectuar igual prodigio, ya que el niño, angelical e inocente, comenzó de repente a desmejorarse y perder la salud poco a poco. Ya con tales avisos, arrepentida la piadosa cuanto olvidadiza y desagradecida madre, lloró su culpa y vistió al niñito el hábito ofrecido, con lo cual no sólo recobró perfectísima salud, sino que toda su juventud la conservó maravillosamente.

Para desengaño de esas madres que se olvi-

dan de cumplir las promesas que hacen por la salud o el bien de sus hijos a la Santísima Virgen, escribióse dicho prodigio, a fin de que no nos mostremos ingratos a sus beneficios y la demos constantemente las debidas acciones de gracias por sus muchas bondades.

(*«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.*)

6. SAN ESTANISLAO DE KOSTKA

Siempre deseó ardientemente María Santísima que los hombres amasen sobre manera a su divino Hijo Jesús, que los amó con amor infinito, y se hizo Niño por su causa. Sin duda, con este objeto trasplantó del mundo a la religión, como a un escogido vergel, muchas y preciosas plantas que regaba en el siglo con los favores más exquisitos. Una de ellas fue el bienaventurado San Estanislao de Kostka, a quien podríamos llamar el ángel de la Compañía de Jesús y uno de los hijos más queridos de la Virgen. Descendía de una familia muy ilustre de Polonia, en la que había habido muchos palatinos, electores, prelados, capitanes y otros personajes de categoría. A la edad de trece años, fue enviado a estudiar a Viena, donde fue notable su aprovechamiento en las letras, aunque su principal contento era tener el rosario en la mano, o leer algunos versos en loor de María Santísima, o hacer otra cosa que creyese había de ser agradable a la Señora. En estas ocupaciones fue acometido de una enfermedad, que no pareció sino que expresamente se la ha-

bía mandado la Virgen para mostrarle su amor porque primero hizo que fuese visitado por Santa Bárbara, de quien era especial devoto, acompañada de algunos ángeles, que le dieron la sagrada comunión; luego bajó María misma en persona a visitarle y le hizo mil finezas; entre otras, le puso sobre la cama a su Hijo divino, a quien llevaba entre los brazos y el enfermo lo tenía con indecible consuelo. Estando Nuestra Señora para partir, manifestó a Estanislao ser su voluntad que entrase en la Compañía de Jesús, y no tuvo que vencer pocas dificultades el angelical mancebo para lograrlo; baste decir que le fue preciso andar a pie más de trescientas leguas, a cuyo ejercicio no estaba acostumbrado; pero todo lo facilitaba el amor que ardía en su pecho. Su conducta manifestó bien pronto de dónde venía, porque en menos de diez meses que vivió religioso llegó a un punto a donde apenas pueden llegar los más provectos y animosos.

(«*Mes de María*»)

7. SAN FRANCISCO DE SALES, SOCORRIDO POR REZAR EL «ACORDAOS»

Bien experimentó la eficacia de esta oración San Francisco de Sales, como en su *Vida* se cuenta. Tenía el Santo diecisiete años, y hallándose en París dado al estudio y juntamente a la devoción y amor de Dios, en cuyo trato gozaba su alma delicias indecibles, permitió el Señor, para probarle y unirle más consigo, que el demonio le hiciese creer que todo cuanto bien hacía era inútil, porque estaba ya reprobado. Al mismo tiempo,

le dejó el Señor en gran oscuridad y aridez de espíritu, pues quedó como insensible a toda buena consideración, aunque fuese de la dulzura y bondad divina, con lo que la tentación tuvo más fuerza para afligir el ánimo del santo joven, en términos que perdió apetito, sueño, color y alegría, causando compasión el mirarle. En medio de esta deshecha borrasca, todos los pensamientos y palabras del Santo eran de confianza y dolor, prorrumpiendo en estos o semejantes afectos: «¿Conque he de vivir privado de la gracia de mi Dios que antes se mostraba conmigo tan suave y amoroso? ¡Oh, amor, oh, belleza infinita, a quien he consagrado toda mi alma! ¿Se acabaron para mí vuestras consolaciones? ¡Oh, Virgen purísima, Madre de Dios, la más hermosa de las hijas de Jerusalén! ¿Conque jamás he de ver en el Cielo vuestro hermoso rostro? ¡Ah, Señora! Si ha de ser tan grande mi desgracia, a lo menos no permitáis que en el infierno diga blasfemias contra Vos». Tales eran los tiernos afectos de aquel amor afligido y enamorado de Dios y de su santísima Madre.

Un mes duró la prueba, al cabo del cual tuvo el Señor por bien librarle por medio del consuelo del mundo, María Santísima, a quien el Santo había consagrado su virginidad, y en quien decía tener colocada toda su esperanza. Se volvió una tarde a casa y de paso entró en una iglesia, donde vio una imagen de la Virgen, y escrita al pie la oración de San Bernardo, que empieza: *Memorare,* etc. «Acordaos, ¡oh, piadosísima Virgen!, que nunca se oyó haber sido abandonado ninguno de cuantos acudieron a refugiarse a Vos». Se postra allí delante, dice esta oración con íntimo afecto, renueva el voto de virginidad, promete,

además, rezar el santo Rosario todos los días, y añade: «Reina y Señora mía, valedme de abogada con vuestro Santísimo Hijo, a quien no me atrevo yo a recurrir. Madre mía, si es que en el otro mundo he de tener la suma desgracia de no amar a un Señor tan digno de ser amado, alcanzadme, a lo menos, que en éste le ame todo cuanto yo pueda. Esta es la gracia que os pido y espero de Vos». Acabada esta súplica, quedó como quien descansa en los brazos de la divina Providencia, resignado enteramente en la voluntad de Dios. Y en el acto mismo se sintió libre de la tentación por mano de aquella Madre dulcísima. Volvió la serenidad a su alma y juntamente la salud corporal. Siguió siendo devotísimo de María, cuyas misericordias y excelencias no cesó de publicar en sermones y libros todo el tiempo que le duró la vida.

(*San Alfonso María de Ligorio, en «Las Glorias de María»*)

8. EL GALAN DE LA LLAMA AZUL

He aquí una historia fidedigna en la que figura el santo cura de Ars, San Juan Bautista Vianney, y una doncellita que fuera más tarde ferviente religiosa.

Su antiguo y venerado cura es quien contó esa verídica relación, al que nos la dejara escrita. Antes de entrar en religión, dicha doncella fuese a ver al santo de Ars, para hacer con él confesión general. Este le preguntó al confesarla: «Usted debe acordarse bien, hija mía, de cierto baile al cual asistió hace poco tiempo. En ese